

ro en el título del libro que se le dedica; se trata de *Venturas y desventuras de la prima Angélica* (1).

El primero está integrado por una serie de doce entrevistas a otros tantos humoristas y una encuesta entre treinta y cinco personas más o menos representativas, a lo que se añade una selección de dibujos de cada humorista, entre la que destacan los dibujos de Chumy-Chúmez, realizados a los quince años, y que constituyen una temprana y magnífica muestra del talento de este enorme pintor que para vivir ha tenido que optar por ese oficio tan aburrido y pesado que es el de humorista. Las entrevistas resultan esclarecedoras, todas, tanto del talante personal de los humoristas como de su actitud y reflexión ante una serie de cosas que a todos nos afectan y que ellos reflejan. En cuanto a las entrevistas, no deja de tener gracia ver cómo la mayoría de los sujetos arriman el ascua a su sardina, mostrándose todos —con la honrosa excepción de los caballeros Haro Tecglen y Savater— absolutamente abrazados al tópico y sin una ligera sombra de originalidad que turbe el macarrónico y aburrido paisaje de sus pensamientos.

Venturas y desventuras de la prima Angélica es un «dossier» que recoge las polémicas y las ineducadas manifestaciones de un grupo minoritario y nada silencioso en torno a una película en la que la reflexión crítica que encierra (con la que se podrá estar de acuerdo o en desacuerdo desde cualquier punto de vista válido) la sitúa en una posición excepcional e insólita dentro del

panorama cinematográfico español contemporáneo. En la medida en que las circunstancias y peculiaridades que concurren en el fenómeno representado por *La prima Angélica* remiten a un cuadro más amplio, en el que se yuxtaponen la historia política y la historia cultural contemporáneas, el libro de Diego Galán representa una labor testimonial, así como un esfuerzo por situar un problema de no poca trascendencia en la perspectiva más adecuada y coherente. ■ CHAMORRO.

La explotación y la tercera guerra mundial

De por sí, cualquier estudio honesto de un engranaje político termina provocando nuestro pesimismo. Concebida desde este ángulo, que no es otro que el de la relación del hombre con el poder, pareciera que la historia de la Humanidad es la historia de una impotencia o de una regresión: la tan cacareada libertad que proporciona al hombre su progresivo «control del medio» se nos representa como un individuo que

cada vez se va haciendo más insignificante, que, paradójicamente, cada vez domina menos aquello que él mismo desata. En el margen de esta historia de la regresión siempre ha estado el llamamiento a la cordura, a la lógica, a la acción que impida el próximo cataclismo o que acabe con el que ya nos toca vivir; siempre ha estado también el valeroso esfuerzo de intentar comprender las sinrazones que llevan al hombre a su propia autodestrucción. Ciertamente, el conocimiento nunca ha resuelto completamente el problema, e incluso es

posible que no lo pueda resolver de ninguna manera. Probablemente no puede ser de otra manera si se entiende que el conocimiento tiene su razón de ser en la existencia del conflicto humano. De lo contrario, nada habría que conocer. Y, por otro lado, tal vez la resolución del conflicto radique finalmente en la acción (que, llevada hasta sus consecuencias últimas, sería seguramente la inacción absoluta). Pero en todo caso esa posibilidad habrá pasado necesariamente por el conocimiento. Lo triste es que el conocimiento

(mejor, las ganas de conocer) viene precedido del conflicto; triste pero, al tiempo, tan real que, en caso contrario, se podría decir que el conocimiento carece de valor o de sentido. Y en muchas ocasiones, el verdadero sentido de cualquier aportación del conocimiento radica precisamente en el pesimismo que puede provocar. Aunque es en esos casos cuando más seguros estamos de haber llegado a la raíz del conflicto.

Mucho más agudo se plantea el problema cuando se trata de comprender por qué la Humanidad se empeña en

HUELGA Y ANTIHUELGA

La colección *Cara y Cruz* de Ediciones 99 se propone el análisis de un tema por dos autores contrapuestos. La mecánica editorial, según explica la solapa, consiste en la redacción del tema por cada autor sin conocer el texto del otro; uno asume los valores positivos, o a favor, del tema propuesto, y el otro los negativos. La editorial permanece neutral y el lector tiene los elementos de juicio necesarios para desprender su propia tesis de lo leído. Este juego, similar al del defensor y el fiscal en un juicio, presenta numerosas ventajas y algún inconveniente. Entre los inconvenientes figura el de comprometer a cada autor en una posición preconcebida —pro o contra—, sin dejarle opción a su propia neutralidad de pensador. Otro, la falta de correspondencia entre los textos: podría ser más útil la controversia o la polémica en forma de correspondencia mutua. Daría lugar, probablemente, a mayores ideas y más facilidad para el lector supuestamente neutral. Dejando aparte lo que no es, lo que es esta colección tiene en sí mucho interés, que habrá de verse cuando vaya progresando. Aún no tenemos más que el primer título: *«La huelga»*, que examinan el profesor Tierno Galván —a favor, naturalmente— y el profesor Muñoz Alonso —en contra, no menos naturalmente—.

En una veintena de palabras finales, Tierno Galván expone el centro de su idea: *«Mientras haya un mercado regido por los principios capitalistas, la huelga es moralmente buena y social y políticamente inexcusable»*. Parte de la idea de que la huelga no es el resultado de la lucha de clases, sino de la conciencia de la lucha de clases: es decir, la huelga en el sentido actual de su utilización, parte del momento en que los obreros perciben que con ella disponen de un medio poderoso para que los empresarios disminuyan las ganancias que obtienen por no retribuir con el valor real y auténtico al trabajo que les prestan otros; al mismo tiempo, son conscientes de que consiguen deteriorar sustancialmente las estructuras sociales y políticas imperantes. La huelga produce la solidaridad de clase, y al mismo tiempo surge o brota de ella. La conciencia de clase está continuamente atacada por el capitalismo, que crea la división de los trabajadores en subclases, creando jornadas diferentes y niveles de cultura también diferentes, para producir una falsa lucha de clases dentro de la clase trabajadora que dificulte el proceso de la verdadera lucha de clases. *«En las sociedades modernas existe un levantamiento casi permanente para reclamar la parte de realidad que nos ha sido robada. Cuando ese levantamiento es una huelga, el obrero se siente más real, más completo, de manera que podemos decir de la huelga que durante algún tiempo, además de significar una protesta política, significa también un esfuerzo de reconquista de la perfección de la rea-*

lidad personal». En el orden práctico, es la huelga "quien debe empezar el proceso de la desaparición de la lucha de clases". Los gobiernos más entrenados políticamente no tienen miedo a la huelga. *«La consideran un inexcusable momento del proceso histórico en la lucha de clases y saben que es un paso más hacia el futuro»*. Algo que también es la huelga: la ruptura de la mitificación del orden; pero significa, *«más que la introducción de un desorden, la de un orden circunstancial que permita la reorganización del antiguo orden de acuerdo con los deseos e intereses de los trabajadores»*. Las negociaciones habituales entre los delegados obreros y los patronales suponen la introducción de un nuevo orden transitorio, un "orden de negociación" que va a establecer el nuevo sistema de relaciones económicas que sustituya al anterior. La huelga tiene un contenido didáctico: *«La huelga enseña a convivir colectivamente»*, y es un semillero de jefes; este didacticismo se extiende al hogar del trabajador, a su familia; los hijos de obreros que acceden luego a clases superiores llevan a éstas una noción distinta del valor de la huelga.

Místico, metafísico y moralista, el profesor Muñoz Alonso no está en su texto —póstumo— a la altura de la riqueza de claridad y pensamiento del de Tierno Galván. Achaquemos a la editorial el error de haber elegido para fiscal del tema a quien no tuvo capacidad social para entender este tipo de temas, para los que buscaba una trascendencia muy poco en acuerdo con ellos. La mitificación del orden es su fuente, y la alusión a los valores "naturales", como si éstos existiesen y fuesen un dictado eterno e inamovible válido para todos los tiempos y todas las circunstancias. Lo natural es solamente una suma de factores coyunturales válidos para un momento dado, que no existían en el instante precedente ni sobrevivirán en el siguiente. Desde argumentos ingenuistas, como los de que la falta de jornal que el huelguista no puede llevar a su casa daña a la familia, la cual es una célula básica —y, desde luego, "natural"— de la sociedad, hasta la exhibición amenazante de las leyes españolas que prohíben y sancionan la huelga. La jerarquización social, la mitificación del trabajo —su sacralización—, los apelativos al orden (tomando un orden existente como el único orden posible y, repetimos, natural), coinciden con el pensamiento corporativista, o, dicho con otra palabra, al orden fascista, que se demostró ya algo más que inútil, explosivo y peligroso en los tiempos de su apogeo. La elección de un fiscal más adecuado para pronunciarse contra las huelgas desde una mayor enjundia de pensamiento, si se hubiese podido encontrar, hubiese dado más valor a un libro que, tal como está ahora, tiene mucho. ■ E. H. T.

(1) Ambos libros publicados por Fernando Torres, editor. Valencia.